

Estrategia revolucionaria

Aportes para pensar una estrategia revolucionaria en América Latina

Pablo Bonavena-Flabián Nieves

Universidad de Buenos Aires

Resumen

Analizando la situación actual en Latinoamérica en el marco de la crisis económica mundial, este artículo plantea que, aún cuando el empeoramiento de las condiciones de existencia lleve a la irrupción de las masas en la escena política, el socialismo no tiene el vigor político suficiente para encarar una línea superadora que las guíe en su acción. La inexistencia de perspectivas revolucionarias en el continente se sostiene en la ausencia de cinco premisas básicas: una guerra en desarrollo, una clase dominante dividida o en decadencia, un hastío popular por las condiciones de existencia, una clase obrera con capacidad organizativa y un partido revolucionario con capacidad militar.

Palabras clave

Estrategia revolucionaria - América Latina - Cuestión militar

Abstract

By means of the analysis of the current situation in Latinamerica in the context of a worldwide economic crisis, this article states that socialism lacks the necessary political drive to face an overcoming line that guides masses when taking action, even when the worsening of living conditions leads masses to the political scene. The lack of revolutionary perspectives in said continent is caused by the absence of five basic premises, such as: a developing war, a dominant divided or decaying class, widespread discontent over the bad living conditions, a working class with an organizational capacity and a revolutionary party with military capacity.

Keywords

Revolutionary strategy - Latinamerica - Military issue

Una grave crisis económica del capitalismo, más o menos inmediata, no es un escenario que se pueda descartar. Son muchos los indicadores que muestran esa tendencia. Tal vez el debate pertinente, entonces, debería tener que ver más con el grado y profundidad de esa alternativa que con su probable existencia. También con los mecanismos y factores contrarrestantes que contará cada fracción capitalista para paliar sus efectos, que obviamente incluirá las guerras. Ahora bien, de concretarse una debacle, hay una certeza difícil de eludir: aún cuando debido al empeoramiento de sus condiciones de existencia, las masas obreras y populares irrumpían, el socialismo no tiene el vigor político suficiente para encarnar una línea superadora que las guíe en su acción. Esta afirmación, claro está, no es efectuada para argumentar la necesidad de buscar otro sendero político, que no sea aportar a la generación de una estrategia comunista bajo la conducción de una fuerza político-militar, construida sobre los fundamentos del marxismo-leninismo.

Esta debilidad del socialismo en la primera década del siglo XXI contrasta con su potencia durante todo el siglo XX, con excepción de las últimas dos décadas. El siglo pasado ha sido el siglo del socialismo. En efecto, durante casi toda la centuria, frente a cada crisis profunda de dominación, el socialismo aparecía como una alternativa con envergadura de masas, tanto en sus versiones reformistas (como la socialdemócrata alemana), como en sus formulaciones revolucionarias (Partido Bolchevique). A la salida de cada una de las grandes guerras mundiales, por ejemplo, el socialismo fue una opción política real en muchos de los territorios involucrados directa o indirectamente en las conflagraciones. Fue, incluso, el estandarte de muchos movimientos de liberación nacional en su lucha anticolonial.

La última etapa donde gozó de este estatus fue en el período que va entre, aproximadamente, finales de los '60 y la segunda mitad de los '70, en gran parte moldeado por la crispación de la "guerra fría", en la que los bloques socialista y capitalista disputaban buena parte de sus zonas de influencia dentro del mapa geopolítico generado por la Segunda Guerra.

Sin duda, el marxismo fue, durante un siglo, el marco referencial de gran parte de los opositores al capitalismo. Lamentablemente, con

el descrédito que alcanzó el socialismo con la caída del bloque soviético, apareció un campo ideológico más fértil para dar otros fundamentos a la guerra contra la opresión, muchas veces anclados en ideas religiosas. El socialismo se fue apagando como perspectiva. La superación del capitalismo por la vía revolucionaria socialista es imprescindible. Sin embargo para ser postulada con eficacia necesita recuperar aceleradamente terreno. Para alcanzar esta meta, en principio, hay que construir una rigurosa medición de los acontecimientos y de la situación.

La perspectiva de la Revolución Latinoamericana

Si bien Latinoamérica no es la parte del planeta más convulsionada por el conflicto social -aparece claramente superada desde esa perspectiva por el continente africano¹- es de esperar que la inestable tregua lograda luego de la ofensiva neoliberal tenga corta duración. La base de esa tregua es el coyuntural crecimiento económico combinado con la derrota de la clase obrera y las fuerzas revolucionarias. El proletariado y el ideario socialista retrocedieron en toda América Latina. El grado de presencia efectiva de la izquierda revolucionaria -con excepciones, como en Colombia- oscila entre la nula y la muy poca y/o episódica influencia política en casi todos los procesos abiertos de lucha de clases.

¿Existen condiciones para el ascenso de la actividad autónoma de masas y la recomposición de una fuerza revolucionaria? Para responder este interrogante, en principio, es menester recordar que el deseo no debe eclipsar la realidad; por ende, es imperativo desechar los obstáculos ideológicos y epistemológicos.

América Latina comenzó el tercer milenio en una de las situaciones de dominio más profundo de sus pueblos. El siglo xx finalizó con una ola de “neoliberalismo” que fue el colofón de las dictaduras militares que imperaron en gran parte del subcontinente, una vez derrotado el ascenso revolucionario que la precedió. Con una fuerza de trabajo depreciada política y económicamente, el neoliberalismo transformó las bases de dominio, sustrayendo de la esfera pública buena parte

¹África es un territorio donde las contradicciones del sistema capitalista/imperialista adquieren la forma de guerras abiertas con millones de muertos. Las diferentes potencias disputan sus intereses a partir de choques militares, protagonizados por fracciones sociales que se les subordinan (por ejemplo los “señores de la guerra”). Asimismo, es notable como los ejes de confrontación y competencia hacen cada vez más clara la presencia de China en el continente y las contradicciones que esa presencia desencadenan. Cf. Maañón, M. y Nieves, F.: “Guerras en África”, en Nieves, Flabián (ed.): Aportes para una sociología de la guerra, Buenos Aires, Proyecto, 2007.

de los resortes que posibilitaban una mejor perspectiva de vida para las clases subalternas. La expansión de la pobreza y de la indigencia llegó a niveles similares a los de inicios del siglo xx. Las conquistas obreras y populares retrocedieron significativamente. El neoliberalismo, si vale la analogía, actuó como una fuerza invasora de otro territorio nacional. Una vez conquistado el nuevo espacio, se sucede la discusión sobre las condiciones en las que se va a desenvolver la nueva realidad. El proceso de estabilización de un territorio conquistado aviva contradicciones e instala la discusión sobre las nuevas normas y parámetros. Para ello, obviamente, la fuerza agresora algo debe ceder. Así, tras la ofensiva neoliberal, en un movimiento pendular -pero sin hesitar la dominación- una ola de neopopulismos con tintes o retórica progresista arribó para sanar las heridas más insoportables. Evo Morales en Bolivia, Kirchner en Argentina, Tabaré en Uruguay, Lula en Brasil, Chávez en Venezuela, Correa en Ecuador, Ortega en Nicaragua, y Bachelet en Chile. Cada uno con su sello personal, cada uno con matices, pero ninguno dispuesto a desafiar al capitalismo -con la excepción verbal de Chávez-, sino más bien a tornarlo “decente”, tolerable. Acomodar la situación al nuevo mapa social es la tarea. La nueva adecuación se hace con un discurso progresista, que disimula en algunos casos como la Argentina y Chile la asimilación de sus legislaciones a la política “antiterrorista” norteamericana. Pero cualquier atisbo de reforma un poco más profundo, tales como la intentada en Bolivia y en Venezuela, son rápidamente demonizadas y generan movimientos políticos en su contra, con la novedad de que cuentan con fuerza de masas. Recordemos las movilizaciones contra Chavez y el apoyo de los sectores pobres a los movimientos independentistas bolivianos.

El panorama se completa con una peculiaridad. De manera que pudiera parecer paradójica, en dos de los países en los que el progresismo no pudo hacerse con el gobierno -Ollanta Humala en Perú y Gaviria Díaz en Colombia- el desarrollo de una política armada tiene una fuerza inversa a la impronta del progresismo en sus respectivos países. En Colombia, donde las FARC y el ELN dominan cerca del 40% del territorio, el candidato del Polo Democrático Alternativo quedó a más de 40 puntos de Uribe; en Perú, país en que Sendero Luminoso tiene el control de la franja oriental, particularmente la amazónica, el postulante de la Unión por el Perú quedó a 4,8 puntos porcentuales de Alan García. En México se vive una situación más complicada; es un país donde el EPR desarrolla acciones localizadas, recuperándose de los golpes recibidos, y el EZLN mantiene el control de una porción del territorio. Allí el aspirante a la presidencia por la Coalición por el Bien de Todos, Andrés López Obrador, arribó a 0,5 puntos de Calderón, en un recuento claramente fraudulento, es decir

que logró juntar los votos, pero no la fuerza política para imponerlos. Donde hay lucha político-militar, parecería que el progresismo no es convocado para gobernar o, simplemente, no encuentra espacio con comodidad. En los países donde las vanguardias revolucionarias priorizan la vía electoral claramente la disputa pasa por la pugna entre el “progresismo” y posiciones más derechistas, que discuten los lineamientos y condiciones de una territorialidad y entramado social modelado en los marcos del neoliberalismo.

Aun en el cuadro de una catástrofe capitalista, la perspectiva revolucionaria parece tener un camino muy difícil, ya que no existe una conformación de la subjetividad proletaria en sentido socialista que logre mediar entre esos bloques políticos, que por ahora, claramente, la subordinan. Ni siquiera el movimiento obrero se prepara para su acción independiente corporativa en un escenario de crisis; por el contrario, ata su suerte a diferentes porciones de la burguesía.

Consideraciones sobre una errónea noción de polaridad

Las clases sociales se constituyen en una relación compleja, que alcanza la polaridad en momentos muy excepcionales y avanzados de la lucha de clases. La noción de doble poder leninista, a diferencia de la acuñada por Trotsky, se instala en esta dirección: el reconocimiento del carácter extraordinario de su conformación.

Es importante tener en cuenta esta sugerencia teórica, ya que es habitual encontrarnos con equívocos. Desde el optimismo revolucionario, que -como el pesimismo- es un estado anímico, en repetidas oportunidades se sostiene que la crisis capitalista aguda desarrolla casi linealmente su polo opuesto. A los problemas del capitalismo, siguiendo esa lógica de razonamiento, le corresponderían complementariamente mayor fortaleza de la clase obrera. Aunque esto sería deseable, esta mirada no se condice con el proceso real.

Las clases sociales son un conjunto específico de relaciones sociales. Estos agregados humanos dependen uno del otro, se necesitan y cada uno se conforma en relación al otro. La contrapartida de esa necesidad es una ligazón conflictiva por sus diferencias de intereses que, no obstante, los reproduce al mismo tiempo. Pero no lo hacen en una relación de cooperación entre iguales, ni en términos de un vínculo simétrico; sólo basta con observar que una es históricamente dominada y la otra, dominante, lo que no se debe al azar, sino a la relación de poder entre las mismas.

La agudización de las contradicciones sociales por una crisis no puede revertir, de la noche a la mañana, tres décadas de retroceso y reflujo. La acumulación de poder de la clase obrera es un proceso complejo que implica fases, avances, retrocesos y un procesamiento

teórico y político de los hechos protagonizados que cambie la asimetría de fuerzas. Que le vaya mal al capitalismo no significa, además, que se desate ineluctablemente un proceso de luchas. Muchas veces estas luchas, por el contrario, se ven vigorizadas en un momento de crecimiento económico que, como correlato, puede abrir con más intensidad la pugna redistributiva.²

Asimismo, no hay que confundir la presencia de luchas obreras y populares con la composición de fuerzas y poder. Mucho menos con la capacidad de imponer la iniciativa. La cantidad de luchas es muchas veces sólo un indicador de la vigencia de una ley social, la ley de la lucha de clases, pero nada dice sobre el desenlace de los enfrentamientos y sus líneas de acumulación. Tampoco acerca de la autonomía y heteronomía de las clases subordinadas. Que la clase obrera avance o retroceda como tal depende del resultado de sus enfrentamientos y de una elaboración teórica de los mismos. Pero la mera existencia y aumento de éstos no importa un necesario avance en su proceso de autonomización. La teoría marxista y el partido leninista tienen un papel central para generar y direccionar ese proceso. Sin estos elementos, el rumbo de la clase obrera no puede ser más que incierto y, en el mejor de los casos, sólo reformista.³

El balance de las confrontaciones y la ponderación de las relaciones de fuerza son datos ineludibles. Sin embargo, algunos destacamentos revolucionarios parecen omitir esta obviedad. Cuando la impertérrita realidad le da un puñetazo en la nariz, algunas organizaciones

²En la Argentina, por ejemplo, el incremento de la conflictividad obrera en los últimos años se produjo en una etapa de crecimiento económico y de fomento por parte del Estado de las discusiones paritarias.

³Muchas de las luchas de sectores asalariados son interpretados por la izquierda marxista como indicadores de un avance significativo de la conciencia, al resaltar la presencia en algunos conflictos de una tendencia a la acción directa y a métodos asamblearios. Sin embargo, muchos hechos con estos atributos corresponden a acciones de nuevas fracciones de asalariados producto del proceso de subsunción real en ese vínculo de profesiones antes liberales. Estas nuevas porciones de asalariados irrumpen en la lucha de clases con esa forma de acción debido a su falta de tradición sindical. Aparecen directamente en el escenario de la lucha por estar en un proceso de constitución como un fragmento de los asalariados. En la medida en que se consolidan como tales, ingresan a la esfera institucionalizada de las disputas. Por eso es importante remarcar que muchas de esas luchas son por el encuadre sindical o el ingreso a un convenio colectivo de trabajo. La falta de pertenencia sindical explica, al menos parcialmente, las características de sus enfrentamientos. No dar cuenta de esta situación, puede llevar a hacer confundir una debilidad con una virtud. Lo mismo ocurre respecto de las acotadas experiencias de lo que se dio en llamar en la Argentina la recuperación de empresas. Suelen confundirse viejas fórmulas pequeño burguesas -ensayadas ya en el siglo XIX- con procesos de autonomización obrera.

parecen pretender parar “los golpes de sus derrotas presentes con la profecía de sus victorias futuras”.⁴

Es posible que frente a una crisis profunda el proletariado gane protagonismo, pero arrastrará los déficits que ha mostrado, junto con la izquierda, durante la ofensiva capitalista. Los erráticos criterios para medir las relaciones de fuerza y caracterizar los momentos que atraviesa la clase obrera, en su proceso de constitución en cuanto tal, llenaron la coyuntura de análisis que asumen, insístimos, indicadores de la vigencia de una ley social confundiéndonos con procesos de recomposición o, incluso, de paso a la ofensiva del proletariado tras la derrota sufrida. Abundan diferentes versiones del espontaneismo ligadas a catastrofismos diversos, que encubren simples estados de ánimo acompañados de un uso indebido de las nociones de polaridad en los procesos de confrontación social, acumulación y realización de poder.⁵ Es tan temerario afirmar que una debacle capitalista generará procesos de lucha revolucionarios como esgrimir lo contrario. Estas perspectivas no están sujetas a ninguna legalidad social, sino que se conforman exclusivamente en el campo de batalla. Pero la suposición de que una crisis, incluso aguda, acarrearía automáticamente un avance proletario no abreva en el marxismo. Sí tiene que ver con esta teoría la necesidad de ver el estado de la conciencia revolucionaria y su capacidad para asumir las tareas que cada etapa le impone.

Criterios teóricos-metodológicos de medición

La historia, o su síntesis, la teoría, nos indica que las condiciones de posibilidad de un ascenso revolucionario requiere de la concurrencia de varias condiciones: a) la existencia de una guerra (de manera simultánea o muy cercana en el tiempo); b) causalmente asociado a ello, una clase dominante dividida y/o con capacidad de dominio restringida y en decadencia; c) un muy desarrollado hastío popular por sus condiciones de vida que genere y encuentre canales de expresión; d) una clase obrera que muestre capacidad de organización, unidad y combatividad; y e) la presencia de un partido revolucionario con capacidad militar. Actualmente, ninguna de estas premisas se cumple de conjunto en el cono sur.

a) La existencia de guerras

⁴Marx, Karl: “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, cap. III, en Obras escogidas, Moscú, Progreso, 1974, tomo I, pág. 428.

⁵Sobre el tema véase Marín, Juan Carlos: La noción de “polaridad” en los procesos de formación y realización del poder, Cuadernos de CICSO, Serie Teoría N° 8, Buenos Aires, 1981.

Todas las revoluciones, triunfantes o no, se dieron en el marco de guerras o posguerras. Podemos hacer un sucinto repaso: la Comuna de París, en la guerra franco-prusiana de 1871; la revolución rusa de 1905, después de la guerra ruso-japonesa; la de 1917, en el marco de la 1^{ra} guerra mundial; la china y la yugoslava, culminada la 2^{da} guerra mundial; en dicha posguerra sucedieron, además, las revoluciones en el marco de los procesos de liberación nacional -particularmente en Asia y África-, Cuba se dio en el marco de la “guerra fría”, y así podemos ver como cada una de las revoluciones estuvieron ligadas a situaciones de guerra. ¿Simple contingencia? Nuevamente la teoría indica lo contrario. La situación de guerra propicia la laxitud del dominio por parte de las clases opresoras, desgasta a algunas de ellas y, fundamentalmente, genera un estado sui generis en la población que permite la apertura de vías revolucionarias.

Pero no en cualquier situación de guerra existe tal posibilidad, ni cualquier crisis provoca una guerra. Debe tener una profundidad tal que, al menos alguna fracción, busque su resolución por las armas, lo que indica el recurso a la ultima ratio. Por lo tanto ni cualquier crisis ni cualquier guerra son a priori un escenario propicio; pero sin crisis que derive en guerra, no hay casi posibilidades para la revolución.

b) La clase dominante ya no puede dominar

Se trata ésta no sólo de una característica histórica de las revoluciones, sino además de una premisa lógica. En condiciones de dominio estable casi no hay margen para el cuestionamiento profundo por parte de las clases subalternas. Esto está en consonancia con las posibilidades del proletariado como tal, cuestión sobre la que Lenin se ocupó en varios textos, pero principalmente en el ¿Qué hacer? Allí explica todas las razones de la incapacidad revolucionaria del proletariado per se. No llega, en aspiración, más allá de los valores burgueses, siendo su ideología igualmente burguesa. Es necesario, en consecuencia, que se abra una brecha en las clases dominantes para que haya una posibilidad de ruptura del dominio. Pareciera una tautología pero es necesario insistir en que las clases no se constituyen originariamente y luego se reproducen endógenamente; por el contrario, cada día se renueva y refuerza el dominio, cada día el proletariado es expropiado económica y políticamente, cada día su carácter es disciplinado y sus destrezas productoras de riquezas ajenas y pobreza propia es refinada y acrecentada. Es decir, cada día el proletariado sufre una nueva derrota.

Las razones por las que una clase dominante se divide pueden ser contingentes u orgánicas. Pero en cualquiera de ambos casos se manifiesta una crisis que se traduce en incapacidad para dirigir. La sa-

lida a dicha crisis puede ser la recomposición del dominio, o bien la salida revolucionaria, si se cumplen otros requisitos. En sí misma, una crisis no significa necesariamente revolución.

c) Hastío popular por las condiciones de existencia

Como señalamos, no todas las guerras producen revoluciones. En ocasiones, la mayoría, la guerra refuerza el nacionalismo y, por lo tanto, un cierre de filas del conjunto o el grueso de la población en torno a la clase dominante. Las razones de porqué ocurre una cosa o la otra son complejas y sólo el estudio particular de cada caso permite hallarlas. Pero sí es necesario que, por los motivos que fueren, gran parte de la población ya no quiera seguir viviendo en las condiciones en las que lo hace hasta el presente. Por supuesto que eso no significa que aspiren al socialismo. Pero sí que hay mejores perspectivas para que el socialismo sea impulsado por una fracción revolucionaria.

d) Capacidad organizativa de la clase obrera

La clase obrera opera como fuerza principal en una revolución. Pero solo si está objetivamente encuadrada en una organización (partido) y subjetivamente dispuesta a pagar el precio por romper sus cadenas está en condiciones de dar batalla con perspectivas de triunfo estratégico. De modo que a) ni la clase obrera en sí misma es revolucionaria, como pretende tanto el populismo como cierto marxismo aristotélico, ni b) cualquier tipo de organización proletaria indica tal atributo. El sindicalismo claramente no es revolucionario, toda vez que las acciones sindicales reales se dan en el marco del sistema, que las tolera.

e) La existencia de un partido revolucionario

Esta es condición *sine qua non* para que se desarrolle el proceso revolucionario. Y no basta con tener consignas más o menos adecuadas, ni con tener control de la población productiva. Se impone que además cuente con una organización militar capaz de minar los aparatos de seguridad del Estado. Como aseverara Lenin, toda revolución es una guerra, y para hacerla es necesario tener un aparato armado, entrenado y con capacidad operativa. Carecer del mismo reduce al núcleo que aspira a ser "partido revolucionario" a un simple comité de propaganda o grupo ideológico. Las relaciones de poder se resuelven, en última instancia, por la violencia, es decir, con la aplicación de un poder contrario que sea capaz de quebrar el dominio.

El tema militar de la lucha de clases

La situación de retroceso de la clase obrera como fuerza política ha hecho que se abandonen planteos clásicos del marxismo. Las apuestas a políticas transicionales instalan líneas para la acción que generan impactos en las fundamentaciones de la estrategia revolucionaria. Se proponen, por ejemplo, partidos amplios antiliberales como táctica, pero sobre un cambio de horizonte estratégico. Por eso, planteos de “democracia radical” reemplazan la consigna de “dictadura proletaria”. Estas propuestas tienen de hecho fuerte presencia en nuestro país, aún entre los que dicen defender, actitud que compartimos, la vigencia de la dictadura del proletariado. Las organizaciones revolucionarias -se den cuenta o no- invierten gran esfuerzo en impulsar reivindicaciones que se instalan en la línea de postular “una democracia hasta el final”. Proponen en cada coyuntura álgida de la lucha de clases la convocatoria a una asamblea constituyente, pero contradiciendo la perspectiva leninista sobre el particular.⁶ Abordan con centralidad cuestiones como la defensa de los derechos humanos, la lucha contra la impunidad, contra el abuso policial y las confrontaciones en el ámbito jurídico contra ex represores; iniciativas que se combinan con el impulso a sectores feministas, ambientalistas, el reclamo de derechos sobre el dominio del propio cuerpo -como el tema de la libre sexualidad y el aborto-, apelaciones a la difusa opinión pública a partir de hechos mediáticos, etc. Claro que todas estas líneas de intervención política, de fuerte cuño republicano, no pueden ser cuestionadas salvo que, como ocurre, desplacen definitivamente la consideración de los aspectos militares de la lucha de clases. El abandono de esta dimensión es la renuncia a la dictadura proletaria, que no es otra cosa que la consolidación de una fuerza militar para la realización de la acumulación de una política revolucionaria. El marxismo en la Argentina, al menos muchas veces, pareciera que se ha vuelto pacifista. Incluso las organizaciones que abrevan en el leninismo transmiten frecuentemente la misma sensación.

El marxismo si bien no postula la construcción de una ciencia de lo militar, no descansa en la espontaneidad de las masas para resolver el problema marcial de la revolución proletaria ya que no sacraliza las posibilidades de la clase obrera sino que, por el contrario, reconoce sus lógicas limitaciones por soportar la opresión en condiciones de

⁶Lenin desecha la posibilidad de la emergencia espontánea de una asamblea constituyente. Su modelo considera tres momentos, con el siguiente orden: insurrección armada, instauración del gobierno provisional revolucionario y luego la asamblea constituyente. Véase “Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática” (julio de 1905) y “La teoría de la generación espontánea” (septiembre de 1905).

ignorancia por tiempos prolongados.⁷ Republicanismo, parlamentarismo, parecen reemplazar a vías más ortodoxas de intervención política revolucionaria.

Contra la tradición, entonces, gran parte de las organizaciones marxistas tratan de plantear una estrategia revolucionaria sin asumir sistemáticamente la dimensión militar de la lucha de clases. ¿Postulan la acción política sin violencia militar? ¿Detentan un prolongadismo pacifista? Negar la violencia política como componente necesario en todo proceso de transformación social colocaría, sin embargo, a cualquier organización por fuera del marxismo. Insistimos, la ausencia o, en el mejor de los casos, la falta de sistematicidad en el tratamiento de los temas militares por parte de los destacamentos anticapitalistas nos indican una debilidad teórico/política que es menester superar, y nos pone en alerta respecto de desviaciones espontaneistas propias de una mal entendida polaridad, que siempre relegan el tema a un futuro incierto, al momento en que supuestamente se armen las masas.⁸ Generar una agenda de debate en el marxismo que incluya sistemáticamente este tema es una tarea concreta que debe ser asumida con toda determinación, acompañando a una fuerte ofensiva ideológica, cultural y teórica para reinstalar al socialismo como una alternativa dentro de la lucha política.

¿Qué horizonte mirar?

La teoría marxista no recurre a postulados especulativos; pretende construir sus proposiciones de acuerdo al análisis particular de situaciones específicas, enmarcadas en las regulaciones históricas (leyes sociales) que operan ordenando los procesos estudiados. De modo que resulta necesario mirar los procesos político-militares con fundamentos revolucionarios. Oportunamente Mao Tse Tung brindó un guión teórico-metodológico para el estudio de los temas militares: 1) el estudio de las leyes de la guerra; 2) el estudio de las leyes de la guerra revolucionaria; y 3) el estudio de las leyes de la guerra revolucionaria en una región o país determinado.

En esta particular coyuntura histórica estaríamos asistiendo a una mutación de las primeras, razón por la cual la tarea puede ser un poco más ardua, pero no por ello menos pertinente. Tenemos, igualmente, tres fuentes de las que nutrir nuestro entendimiento: 1) el estado de la guerra a nivel mundial; 2) la historia propia de guerra revolucionaria; y 3) el estado de la guerra en nuestro continente, que

⁷Trotsky, L.: “¿Científicamente o de cualquier modo? Carta para un amigo” del 23 de febrero de 1919.

⁸Trotsky cuestionó el desplazamiento del problema para más adelante en “Lecciones de Octubre” de septiembre de 1924.

presenta particularidades respecto a lo que ocurre a escala planetaria. Las tres están emparentadas en más de un nivel.

Sobre el primer punto, lo que se observa es una vulnerabilidad de los aparatos armados estatales más poderosos -debilitados por la creciente privatización y las dificultades para generar una ideología de guerra- cuando son enfrentados con tácticas no polares, asimétricas. Sobre el segundo ítem es necesario revisar críticamente la rica experiencia de guerra urbana -forma principal de lucha en las guerras actuales- protagonizada hace décadas en el cono sur, como los casos del ERP, Montoneros y Tupamaros. Finalmente, sobre el último apartado tenemos el desarrollo de la lucha armada en distintos puntos del continente, pero con centralidad en Colombia, donde el ejército revolucionario lleva casi medio siglo de desarrollo y persistencia.⁹ Estas aproximaciones se deben realizar con la siguiente precaución: es imposible transpolar experiencias, y todo lo hecho no puede ser repetido, haya sido exitoso o no. ¿Significa esto que con la hipotética resolución de este déficit la revolución está a la orden del día? En absoluto. Se trata, simplemente, de dar cuenta de una de las cuestiones más acuciantes, pero de ningún modo resuelve la totalidad de las condiciones necesarias para que la revolución tenga una oportunidad de realizarse. No obstante, como las condiciones objetivas (o externas) no dependen de la voluntad de ningún sujeto político en particular, no queda otra alternativa que ir asumiendo las que subjetivamente corresponde a los grupos que se proponen como la vanguardia revolucionaria. Rehusar a esta perspectiva aleja las posibilidades de que el cambio social pueda ser direccionado hacia el socialismo.

La construcción de una dirección revolucionaria es el objetivo central, dotada de una organización político-militar con capacidad para plantear, no como grupo ideológico, sino como Partido, una perspectiva comunista como la única alternativa viable para superar la crisis capitalista y sus consecuencias destructivas sobre todos los explotados. La actualización de una agenda de debate, que contemple los señalamientos efectuados aquí, es un paso fundamental para sentar sus bases programáticas. La fusión de pequeños destacamentos revolucionarios parece un paso firme en ese mismo camino. El paso al costado de algunas de sus conducciones, tras años de fracasos, también.

⁹Tal vez sorprenda saber que hay más de medio centenar de grupos insurgentes armados activos en este momento en América Latina, muchos de los cuales tienen un nivel de operatividad considerable. El hecho de que la prensa burguesa no los registre no es preocupante; sí lo es que las publicaciones de izquierda no de cuenta de ellos.